La luz sin cerrojo

Pseudónimo: zart

Las campanas de la ermita llevaban todo el mediodía ensayando su repique, un tañido espeso que retumbaba en los cristales de la cocina como una advertencia. Nora entró sin descalzarse, arrastrando el macuto y una desazón helada que le oprimía el esternón. Sobre la mesa de pino, junto a las migas del pan de la mañana, dejó caer una cinta roja: la cinta del voto, que cada primavera los escolares del pueblo lucían en la procesión hasta el calvario para renovar la promesa de la comarca.

Eusebio no levantó la vista del tazón de té de roca. Tenía las manos de quien ha trabajado la tierra y el cuero: nudosas, ásperas, con grietas donde el tiempo había dejado una pátina oscura.

—Has tardado —dijo. Su voz tenía el tono sordo de los pozos antiguos.

—Nos han hecho ensayar el itinerario tres veces. Dicen que este año viene el obispo y que los de último curso iremos delante, con el estandarte, recitando el juramento. —Nora se dejó caer en la silla de enea—. Hoy el tutor ha repartido los pliegos con el texto y ha pedido que firmemos todos. Yo he dejado el mío en blanco. Nadie ha dicho nada. Todavía.

Contempló la cinta sobre la madera. Para sus compañeras era un adorno, un pretexto para el alboroto y la merienda. Inés, su mejor amiga, la llevaría con orgullo sincero, y Nora no tenía nada contra ella ni contra la fiesta. Lo insoportable era otra cosa: que en una escuela de todos le exigieran pronunciar en voz alta una fe que no habitaba en su pecho. Cuando el tutor pidió el asentimiento, una mordaza invisible le había apretado la garganta. Fingir la hacía sentirse una impostora.

—Si no salgo —murmuró, fijando los ojos en las baldosas hidráulicas—, dirán que me creo mejor que nadie. El tutor dice que la tradición nos une y que negarse es faltar al respeto al pueblo.

Eusebio apuró el trago y dejó la taza con parsimonia. Se levantó, abrió la alacena de nogal y regresó con un objeto pequeño y pesado que depositó junto a la cinta: un compás de latón mellado, con el verdín del óxido en las junturas.

—Me lo compró mi padre cuando tenía tu edad. En mi escuela no se preguntaba nada; se memorizaban las respuestas antes de entender las preguntas, y dudar se pagaba con el

escarnio o con la vara. Rezábamos con la puerta atrancada por dentro, como si lo que allí ocurría no pudiera soportar la luz. —Rozó el metal con la yema del pulgar—. A nosotros no nos unía la tradición, Nora; nos unía el miedo a desentonar. La costumbre es un refugio cómodo cuando no se quiere pensar, pero se vuelve jaula cuando te obliga a mentir.

Nora lo miró a él, y no encontró rencor en sus ojos claros, solo una firmeza serena, limpia de arrebato.

—Aprendí geometría a escondidas, con este compás, en el reverso de las hojas del catecismo. Fíjate: tiene dos puntas. Una se clava y no se mueve; la otra recorre el mundo entero sin perder el centro. Eso es tener conciencia. No es atacar la fe de tu vecino, sino tener un punto fijo que nadie pueda mover a la fuerza. La plaza de todos debe ser neutral, no porque eso le quite algo a nadie, sino porque es la única donde caben todos sin agachar la cabeza. Arrodillarse por inercia es el primer paso para olvidar cómo se camina erguido.

El silencio se instaló en la estancia, roto solo por el murmullo de la estufa de leña. Fuera, el repique cesó de golpe. Por el cristal entró la luz oblicua de la tarde y dibujó sobre la mesa un cuadrado dorado: la cinta roja a un lado, el compás al otro.

Eusebio no le ordenó nada. No le quitó la cinta ni le dictó consigna alguna. Se limitó a empujar el compás hacia ella, como quien entrega una herramienta de precisión.

Nora lo tomó. Sintió su frío honesto, el peso de una verdad que no necesitaba coros ni juramentos colectivos para sostenerse. Pensó en Inés, en los cánticos, en la mirada del tutor. El miedo no se fue. Y aun así lo supo: mañana, cuando la comitiva echara a andar por la calle mayor, ella no marcharía en la cabecera. Se quedaría en la orilla, respetando el paso de los demás, con las manos libres y la mirada intacta.

Dobló la cinta con cuidado, sin romperla, y la dejó sobre el alféizar. Por primera vez, el silencio de su pensamiento no le pareció un castigo, sino una puerta sin cerrojo por la que entraba la luz.